



BUENOS AIRES. EDIFICIO DE LA ÉPOCA COLONIAL

ción fué voluntaria y lenta, pero continua. Los colonizadores de la Península no llegaban por mar, sino por el Norte, como había venido Garay, pasando antes por Panamá y el Perú. Asusta pensar lo que representaba este viaje: embarcarse en míseros buques, atravesar el Océano hasta el istmo, y luego correr la mitad de un hemisferio para llegar á Buenos Aires, que era entonces el último rincón del mundo. Bolivia y Chile, que parecen hoy las repúblicas americanas más alejadas de Europa, hallábanse en esta época mucho más cerca que la Argentina.

Las curiosas memorias de un español que en el siglo xvii emigró á Buenos Aires en busca de fortuna, y que transcribe Carlos O. Bunge, demuestran lo que era este viaje. Ir de España á Buenos Aires, equivalía á lo que cuesta ahora dar seis veces la vuelta al mundo. Partió el español en la flota que todos los años salía de Cádiz bajo la dirección de un almirante y con tropas de tierra mandadas por un general. Esta flota desembarcaba sus mercancías en Portobelo, donde se celebraba anualmente la gran feria, en la que se cambiaban las mercancías de toda la América española. Los viajeros que iban á las provincias del Sud cruzando el istmo, se reembarcaban en la ciudad de Panamá, capital de Tierra Firme, navegando por el Pacífico hasta el puerto del Callao. El citado viajero iba á Buenos Aires con la esperanza de ver á un pariente suyo establecido allá. «El pueblo de Buenos Aires — dice — es reputado como el más tranquilo y solitario rincón de estas Indias Occidentales que muchos llaman América, donde hay países tan ricos y populosos como Méjico y el Perú. Pero por su propia pobreza y despoblación, no es fácil llegar á Buenos Aires. Este puerto está cerrado al comercio regular de la Casa de Contratación establecida antes en Sevilla y ahora en Cádiz». El relato de cómo se viajaba entonces en una carabela, causa cierto pavor. Varios meses de navegación, aprovechando las rachas de viento para adelantar unas millas; después, largas detenciones por las calmas; algunas veces vientos contrarios, que hacían retroceder el buque, perdiendo la distancia ganada: calores insufribles, alimentación salitrosa, desarreglos intestinales, amontonamiento de carne humana en el sollado, nauseabunda suciedad y reparto escaso de agua. Muchos vendían sus ropas á los soldados de la nave á cambio de una cantidad de vasos de agua de su ración, á pagar en varios días. Los mercaderes, los aventureros y los jesuitas de las Misiones, que iban en la carabela, tenían, además, que sufrir los numerosos insectos de á bordo. «Vivíamos rascándonos las muchas picaduras y ronchas».

los solares pródigamente entre los suyos; pero aun así, quedaban vastos espacios sin llenar.

La ciudad de los tiempos coloniales era un minúsculo grupo de casas esparcidas en un vasto terreno, como si cada edificio fuese un jalón indicador de futuras construcciones. La moderna Argentina se ha encargado de llenar y aun rebasar las gigantescas urbes que imaginaron los héroes del coloniaje.

Pasado el primer empuje de la conquista, cuando ya no se organizaron en España más expediciones para ir á las montañas de plata y el país quedó entregado á sus recursos propios, la inmigra-

Al desembarcar en el Callao, el viajero admiraba las riquezas de Lima, Huancavelica y Potosí. En el mercado de Potosí vendía á precios casi fabulosos algunas de las mercancías que había traído de España, y llevando las demás á lomo de mula, partía hacia el Sur con rumbo á la aduana seca de Córdoba de Tucumán, atravesando las sierras del Alto Perú. «Íbamos por caminos al parecer impracticables, abruptos veredones y estrechas cornisas, en una larga fila, escoltados por peones y arrieros armados para la eventualidad de una sorpresa». Describe Salta, con sus copiosas arrias de mulas para el tráfico, sus fábricas de tejidos y su preparación de bebidas alcohólicas y frutas secas, mostrando deseos de quedarse allí. Pero venía resuelto á establecerse en Buenos Aires y siguió adelante, siempre á lomo de mula y durmiendo al raso con varias recuas ó arrias, destinadas á venderse en la feria de Córdoba. En esta ciudad pudo despachar otra parte de sus mercaderías y continuó el viaje á Buenos Aires; pero ahora iba en carreta, por tener que atravesar inmensas llanuras sin la más pequeña cumbre. «Formábamos los viajeros un convoy de quince carretas, tirada cada una por tres yuntas de bueyes. Guiábanlas peones mestizos con largas picanas, y una copiosa tropa de reses nos seguía para repuesto y para nuestra alimentación. Como la estación era aún fresca, andábamos de día y descansábamos de noche en las carretas. En los altos y paradas se encendía un gran fuego para preparar la comida. Los peones se alimentaban sólo de carne y una infusión de hierba que llaman «mate», muy digestiva y agradable. . . Alrededor del fogón hablábamos de los «malones» que suelen dar los indios á los viajeros. Con frecuencia echábamos una ojeada á las orejas de los animales, para ver si se agachaban y movían por la alarma de un ruido lejano. . . Pero yo todo lo aguantaba con la esperanza de abrazar á mi pariente y establecerme en Buenos Aires».



UN REBAÑO PASANDO Á NADO EL URUGUAY



TROPA DE CARRETAS EN EL DESIERTO

Al final cuenta su entrada en la ciudad. En todas las poblaciones del tránsito era un suceso la llegada de los viajeros, y en Buenos Aires lo fué también, pues casi todo el vecindario salió en una hermosa tarde á recibir la tropa de carretas que llegaba de Córdoba, luego de un mes de viaje.

«La población de Buenos Aires — termina diciendo el viajero — tiene, como las demás villas indianas, sus calles trazadas en tablero de ajedrez. En los alrededores del Cabildo, la iglesia matriz y el fuerte que rodean la plaza principal, hay amplias casas de grandes patios y techos bajos de teja. Más afuera sólo se ven ranchos de techo de paja y paredes de barro, á veces recubiertas de cueros. Casi no hay árboles, y el aspecto es triste y pobre.

»No encontré á mi pariente. Después de muchas averiguaciones supe que había muerto hacía la friolera de cinco años, sin dejar bienes ni herederos. Yo estaba solo: híceme ánimo y me dispuse á luchar y encontrarlo todo de mi gusto. En efecto, de mi gusto encontré pronto una bella y hacendosa criolla, con quien casé. Vendí bien mis mercaderías y establecí una pulpería con el permiso del Cabildo. He fundado una familia, y rodeado de hijos y nietos, vivo feliz en esta tierra generosa. No me cambiaría ni por el emperador de la gran China».

* * *

La vida en las ciudades del interior fundadas por las expediciones procedentes del Perú y de Chile, era señorial y monótona. Las iglesias matrices conmovían con sonoras campanadas á ciertas horas del día las calles, blancas de sol, despertando á los hijos de los conquistadores que dormían la siesta en la dulce penumbra de sus alcobas. Las damas coloniales eran excelentes dulceras y portentosas fabricantes de labores de aguja. Estos trabajos, las fiestas religiosas y las murmuraciones en tertulias y saraos entre gentes emparentadas todas ellas más ó menos próximamente, constituían las ocupaciones é ilusiones de su existencia.

Una fiesta en aquellas grandes casas que databan de la fundación de la ciudad, con amplios aleros, habitaciones como plazas y patios que parecían campos, ponía en conmoción al vecindario. Caballeros y damas bailaban mesuradamente al son de las arpas, tañidas por mestizas. Una gravedad ceremoniosa, copiada de la corte española, daba cierta tiesura á estas fiestas. Sin embargo, en su preparación procedíase con extraordinaria llaneza, ayudándose unas familias á otras, al amparo de la confianza dominante en aquella sociedad patriarcal.

La mañana de la fiesta, la graciosa *cholita* que desempeñaba cerca de la señora funciones

de confidente, iba de puerta en puerta hablando á las familias que habían de asistir por la noche al sarao.

— Mi señora pide á vuesa merced la chocolatera de plata. . . Mi señora espera que le empresten para esta noche las bandejas que envió el señor Oidor de Charcas.

Y cuando no, eran sillerías enteras, tapices y mesas lo que se solicitaba para el sarao, desdoblándose los estrados de los amigos para mayor lustre de una diversión á la que todos concurrían: Mientras las damas coloniales, orgullosas de sus apellidos, vigilaban las púdicas danzas de las niñas, cogidas apenas de las puntas de los dedos de un galán que las requería en matrimonio, ó ensalzaban los sermones de cualquier fraile recién venido de España, los señores, formando grupo aparte, criticaban al gobernador ó hablaban de sus estancias, enormes como reinos, donde crecía el ganado abandonado y casi salvaje.

La gobernación del Tucumán, que abarcaba Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy, era aristocrática y de altivo señorío. La influencia del virreinato del Perú y su ceremoniosa corte, llegaba hasta ella. Córdoba, la ciudad de los doctores, hablaba con orgullo de su naciente Universidad y de las pomposas ceremonias, imitadas de Salamanca, que acompañaban á la imposición de grados. Santiago ostentaba su fecha de fundación, que la hacía la primera de las ciudades, y los milagros realizados en ella por santos famosos. Salta y Jujuy tenían marqueses y vastas encomiendas, lo mismo que la fastuosa Lima. La plata del Potosí, al extenderse, llegaba hasta las ciudades de la gobernación del Tucumán.

Otra era la vida de las poblaciones del litoral. En la pequeña Buenos Aires desconocíanse los títulos nobiliarios y las grandes fortunas. No existían en ella opulentos señores como los del Norte, que, luego de enriquecerse en las minas, se retiraban á las ciudades para derrochar el dinero en fiestas ostentosas que deslumbrasen á las autoridades enviadas por el Rey. En el antiguo Puerto de Santa María de Buenos Aires, los vecinos eran ganaderos ó modestos comerciantes, de vida parca y sórdida economía. No conocían otras glorias que las de los rebaños y su prodigiosa multiplicación. El animal tenía tanta importancia como el hombre, y sólo hablaban de él. El licenciado Alonso de Ziraza, dirigiéndose á Carlos V, hondamente preocupado por los negocios de Europa, le hablaba de lo mismo al describir las llanuras del Plata y sus ganados, con entusiasta hipérbole: «La becerra — decía — estando mamando ya se empreña, y paren las vacas á dos comúnmente é á tres muchas veces».

Esta riqueza pecuaria apenas se llegaba á utilizar en aquellos tiempos. Perdíase la carne, falta de exportación. Sacrificábanse miles y miles de reses para utilizar los cueros y el sebo, únicos artículos de salida comercial. El absurdo sistema del monopolio, que grababa en una mitad las mercancías al pasar por la aduana seca de Córdoba, y las dificultades del transporte, impedían el tráfico. Sólo los artículos de poco volumen y gran valor, como los metales preciosos, las plantas medicinales y otros, podían sufrir las restricciones comer-



BOLEANDO AVESTRUCCES



PEONES DE ESTANCIA

expansión. Buenos Aires, viéndose aislada del resto del mundo, y con el puerto cerrado, se dedicó honradamente al contrabando. Todos sus vecinos de alguna fortuna ó con tienda abierta, vivieron de burlar las leyes de la metrópoli. Su conducta no era censurable: necesitaban dar salida á sus productos y ponerse en contacto directo con el resto del mundo.

Tan natural é imperiosa era esta necesidad, que un gobernador de Buenos Aires, llamado Mercado, declaróse abiertamente contra el monopolio en 1660, permitiendo que algunos buques holandeses tomaran cargamentos en el río de la Plata; audacia que le hizo ser gravemente reprendido por el gobierno peninsular. El contrabando era algo justo y lógico que encontraba excusa aun á los ojos de las mismas autoridades. En 1620, decía León Pinelo: «La necesidad no tiene ley, y á falta de licencia, los colonos se han de pasar sin ella, porque tienen derecho á vestirse, á alimentarse y á existir».

Este sistema del monopolio aplicado al Río de la Plata, era absurdo; pero hay que tener en cuenta que así vivían poco más ó menos las demás colonias españolas y aun la misma Península. Y el monopolio no era invención de los gobernantes españoles, sino que respondía á las ideas dominantes de la época. Igual conducta comercial observaba la Inglaterra de entonces con sus posesiones de la América del Norte.

España, antes que impedir con la más torpe buena fe el desarrollo de sus colonias, lo que hacía principalmente era herirse á sí misma. «Con sólo dejar crecer y multiplicar sus productos — dice el general Mitre — y permitir que se cambiasen entre sí, rindiéndole sus tributos, España pudo y debió ser la nación más poderosa y más próspera de la tierra, á haber permitido que se cumplieran las leyes de la naturaleza, aun sin poner de su parte inteligencia ni trabajo. No lo hizo así porque le faltaba hasta el instinto de la propia conservación. Por lo tanto, no es extraño que aplicara á la obscura y miserable colonia del Río de la Plata la regla á que estaba sometido todo el Imperio, y que le negara hasta el derecho de navegar para vivir, que ella se negaba á sí misma para engrandecerse y perpetuarse en los tiempos. . . Los que de estos hechos han sacado argumentos para acriminar á España, atribuyéndola entrañas de madre despiadada para sus colonias, no han sido equitativos. Á un absurdo sistemático que refluía principalmente en daño propio, no se le puede negar una inconsciente buena fe».

Aquella Buenos Aires, dedicada al contrabando para poder subsistir, vió aumentarse su población en el siglo xvii con elementos extranjeros. De día, el inmenso río estaba solitario, sin una vela en el horizonte; de noche, las naves holandesas é inglesas echaban á tierra sus cargamentos, recogidos y escoltados por partidas de gauchos, prontos á entrar en pelea con los soldados del gobernador. Las necesidades del contrabando obligaron á algunos extranjeros

ciales. Los cueros y demás productos de la ganadería resultaban á precios exorbitantes al ser conducidos por tierra hasta el Perú, de allí á Panamá por el Pacífico, y una vez en el istmo, reembarcados para España.

Pero cuando las leyes oponen torpes obstáculos al desarrollo de la actividad humana, ésta se abre paso, como las corrientes de agua rompen por donde pueden al tropezar con diques que dificultan su

á residir en la ciudad; pero en este aumento de población, venido del exterior, el núcleo más importante fué el portugués, ó dicho con más claridad, el judío.

Buenos Aires recibió en el siglo xvii un gran contingente de población de origen hebraico. Un notable historiador del país (1) así lo afirma con precisos datos. Antes de haber cumplido la ciudad del Plata un siglo de existencia, los habitantes españoles y mestizos cruzaban su sangre con una numerosa inmigración judía.

* * *

La facilidad comercial que se disfrutaba en Buenos Aires al moverse el traficante fuera de la ley, la libre expansión que cada cual encontraba para sus iniciativas, siempre que no conociese el miedo, y más que todo la obscuridad é insignificancia de la colonia en aquellos tiempos, que ponía á los fugitivos á cubierto de persecuciones, atraieron á muchos hebreos expulsados de Europa, que al trasladarse á América seguían percibiendo á sus espaldas el paso amenazante del enemigo religioso.

Casi todos los portugueses que en el siglo xvii se establecieron en Buenos Aires, confundiendo apellidos y sangre con los hijos de los conquistadores, eran judíos. Huídos de Portugal por miedo á la Inquisición, habíanse refugiado en el Brasil, atraídos por el idioma y costumbres de un pueblo que consideraban como suyo. Pero en el Brasil fué á buscarlos y á perseguirlos la Inquisición de Lisboa. Entonces, muchos de ellos, deseosos de paz é impulsados al mismo tiempo por sus instintos comerciales, pasaron á la próspera capital del Perú para traficar con el oro y la plata. Equivalía esto á arrojarse en la boca del lobo. El Tribunal de la Inquisición de Lima empezó á mirar con recelo á estos portugueses, aunque ocultaban sus creencias y fingían gran fervor católico. Algunos fueron perseguidos y castigados, y entonces los hebreos, buscando un rincón olvidado donde vivir con tranquilidad, ejercitando al mismo tiempo sus habilidades, se fijaron en Buenos Aires. «Son gentes — decía el inquisidor Don Francisco Verdugo — que andan de capa al hombro sin domicilio ni casa cierta». Los perseguidos en Lima escapaban al Río de la Plata. Al



(1) Ramos Mejía, en su ya citado libro.

UNA PULPERÍA EN EL CAMPO